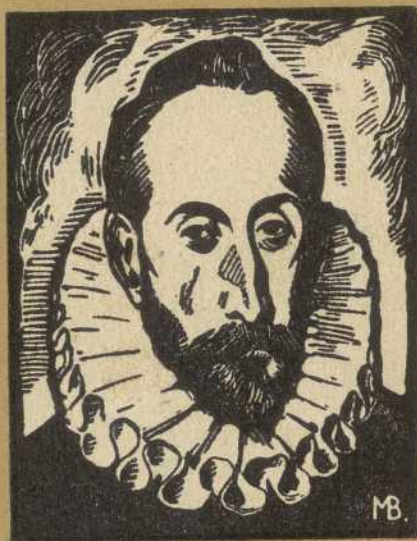


REVISTA "BIOGRAFÍAS"
MODERNO PLUTARCO

EL GRECO



SERIE A

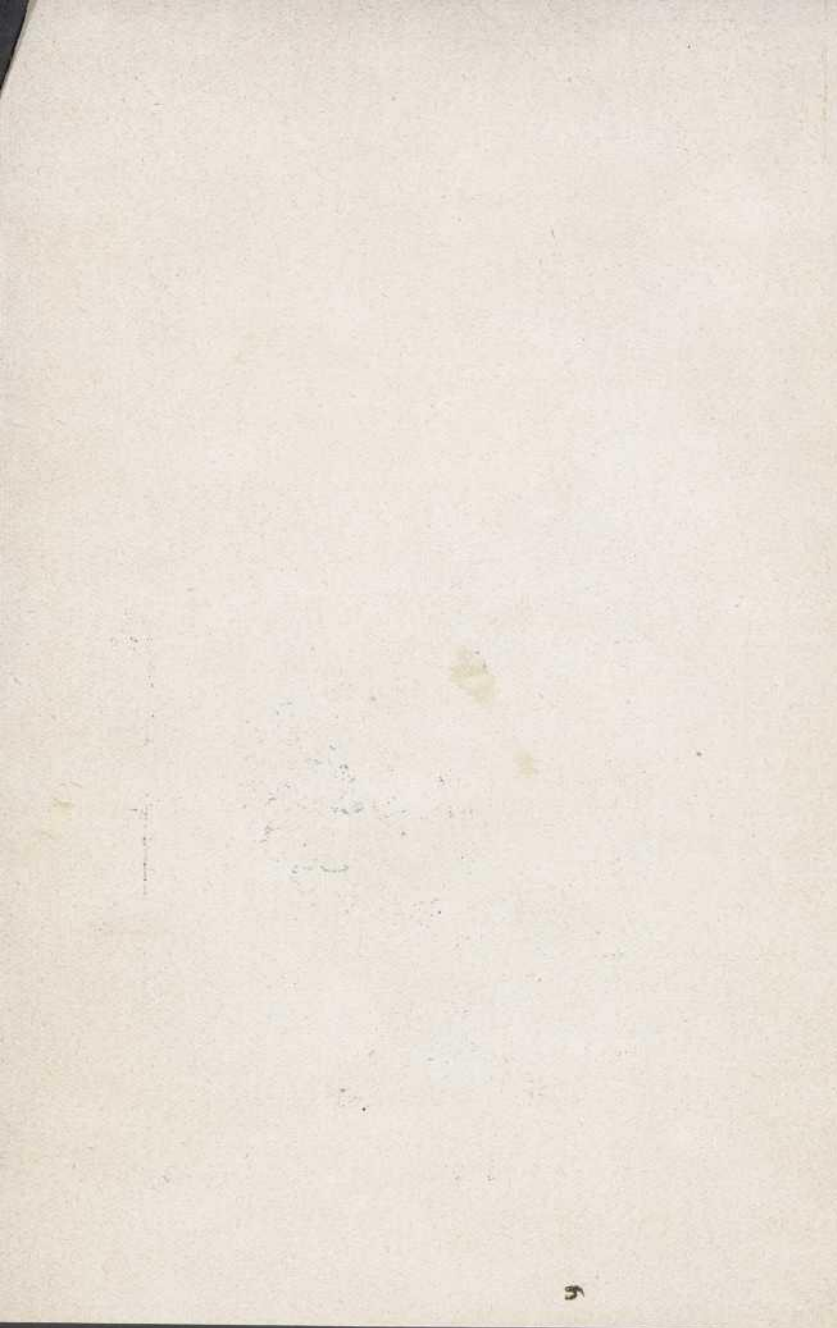
50
ctms

T 190371
C. 444.065

R
13654



EL GRECO



C

EL GRECO

EL GRECO

DOMENICOS THEOTOCÓPULOS

BIOGRAFIA ANECDÓTICA

POR

E. BARRIOBERO Y HERRÁN



MADRID

Imp. Sáez Hermanos, "Martín de los Heros, 61.-Tel. 36327

1930

12.300.318

ES PROPIEDAD

AL PÚBLICO

Con la publicación de la REVISTA BIOGRAFÍAS nos proponemos fomentar el amor a las grandes figuras de la Humanidad, a esos gigantes de la inspiración y del talento a quienes debemos todo: el dominio del mar y del aire, las emociones estéticas, el conocimiento del medio en donde se desenvuelve nuestra vida, la perpetuidad de ideas y pensamientos, la vida civil...

Estas biografías son siempre instructivas y curiosas, puesto que corresponden a seres a quienes una verdadera excelencia destacó de entre sus contemporáneos. Lucharon y vencieron, y las huellas de su paso a todos ofrecen segura orientación.

Nuestra REVISTA BIOGRAFÍAS no tiene prejuicios de secta, de escuela ni de credo político. Junto a Ignacio de Loyola, presentaremos a Martín Lutero; y al mismo tiempo que la de Napoleón, evocaremos la figura señera también de Pepe-Hillo. La Naturaleza los creó a todos de la misma materia y los colocó en el mundo; la crítica puede clasificarlos y situarlos, pero no destruirlos, puesto que a tanto no llega su fuero.

Pretendemos que nuestras biografías salgan a la luz sin arrumacos pedantescos y sin bisutería académica: queremos llegar a todos y que todos, sin claves ni estudios preparatorios, puedan comprendernos. Nuestras normas retóricas están en La Celestina: "La ajena luz nunca te hará claro si la propia no tienes." y "No es habla conveniente la que a todos no es común".



Cada semana se publicará un número de nuestra REVISTA BIOGRAFÍAS con 64 páginas (cuatro pliegos), o más, del tamaño que suelen

tener los libros de cinco pesetas, en excelente papel, con una espléndida cubierta en tricolor de Benet y un retrato de tricromía del biografiado, hecho por Solis Avila.

El texto estará a cargo de reputados escritores, y de la dirección y ordenación de los trabajos se ha encargado don Eduardo Barriobero y Herrán, que escribirá también algunas biografías y pondrá notas y prólogos en donde no sean impertinentes.

La publicación tiene forma encuadernable, y cada cinco números de la REVISTA BIOGRAFÍAS pueden formar un hermoso tomo de 320 páginas, que habrá costado al lector dos pesetas y media, pagadas en cinco veces.

Tiene, además, la ventaja de que cada lector podrá agrupar a nuestros héroes con arreglo a su particular criterio, mezclando los tribunos del pueblo con los reyes o los santos, o clasificándolos por profesiones, por méritos o por épocas.

Para seguir algún orden, nos atendremos al de los siglos, comenzando a la vez los XVI,

XVII, XVIII y XIX. Así, el primer número de nuestra REVISTA BIOGRAFÍAS encabezará la serie A, que corresponde al siglo XVI; el 2.º, la serie B, siglo XVII; el 3.º la serie C, siglo XVIII, y el 4.º, la serie D, siglo XIX, volviendo con el 5.º a la serie A.

Entre otras biografías, sin perjuicio de atender siempre el consejo y la demanda de nuestros lectores, tenemos en preparación las siguientes:

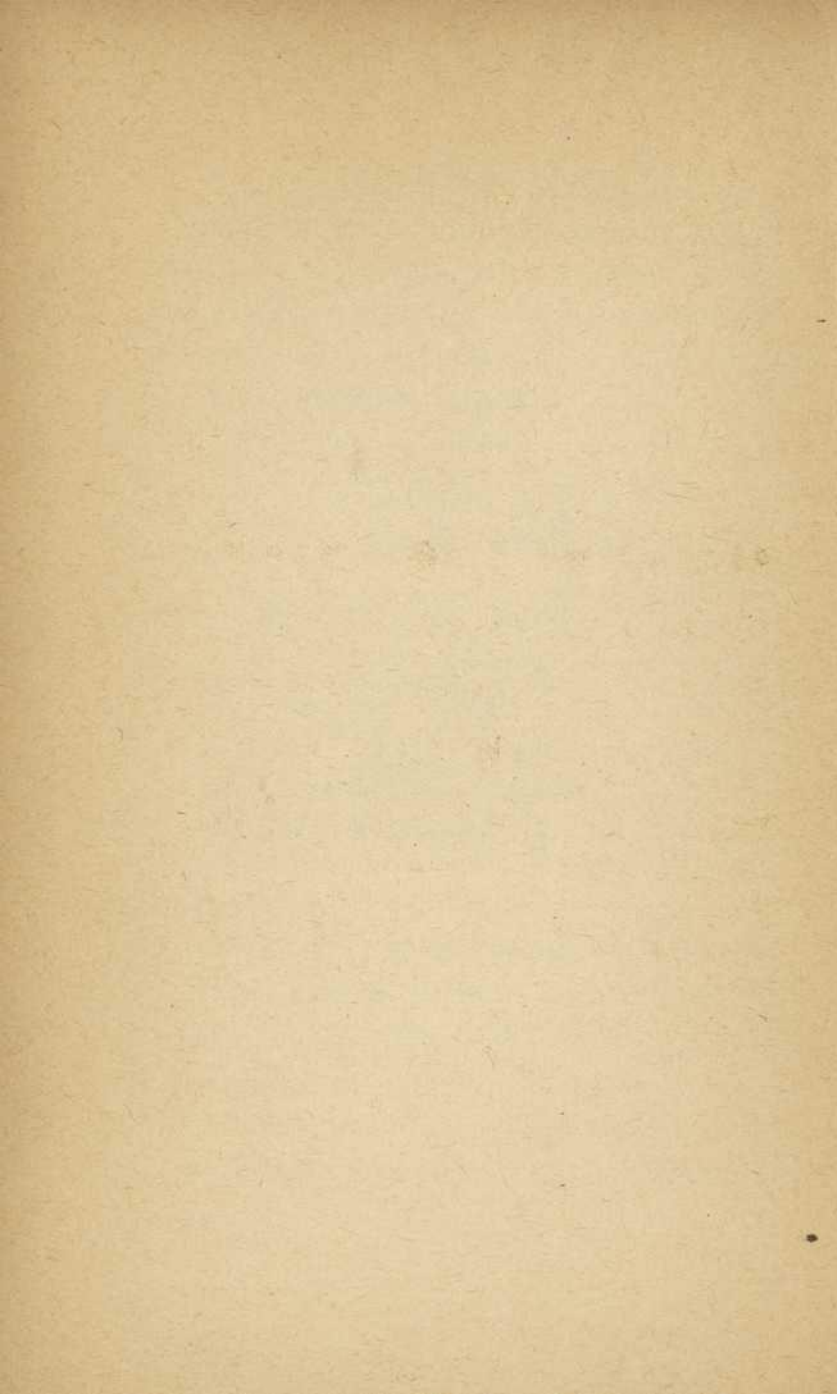
SERIE A.—El Greco.—Ignacio de Loyola.—Aretino. -- Capoulicán.--Lutero.--Drake.—Erasmo.—El Obispo Acuña.—Calderón.—D. Juan de Austria.—Moctezuma.—Rabelais.—Teresa de Jesús. -- Savonarola.—Ticiano.—Shakespeare.--Rafael.—Maquiavelo.—Bernardo de Palissy.—Magallanes.—Miguel Servet, etc., etc.

SERIE B.—Carlos el Hechizado.—El P. Mariana.—Baltasar Gracián.—Luis XIV.—Muriillo.—Corneille.—Cromwell.—Cyrano de Bergerac.—Boileau.—Sor María de Agreda.—Quevedo.—Ninón de Lenclos.—Pascal.—Don Rodrigo Calderón. -- Rousseau. -- Zurbarán. -- Dionisio

Papín.—Richelieu.—La Vallière.—Molière, etc., etcétera.

SERIE C.—Beethoven.—Cagliostro.—Kant.—Carlos III.—Dantón. -- Brillat-Savarin. -- Goethe.—El doctor Guillotín.—Metastasio.—Fra Diávolo.—Franklin.—Voltaire. -- Wáshington.—Montesquieu.—Buffon.—El conde de Aranda.—Gravina.—Montgolfier. -- Beccaria. -- Cheniel, etcétera, etc.

SERIE D.—Gambetta.—Lagartijo.—Mitre.—Carolina Otero.—Herculano.—Ferrer Guardia.—Garibaldi. -- Víctor Hugo.—Pablo Iglesias.—Baudelaire. -- Bismarck. -- Costa. -- Bolívar.—Espronceda. -- Zurbano. -- Chambelain. -- Castelar.—Darwin.—Pi y Margall, etc., etc.



EL GRECO

Domenicos Theotokópulos

Su locura.—Su defecto visual.

Durante mucho tiempo, la crítica, después de haberse detenido reflexiva ante los cuadros del Greco, cuando veíase obligada a sentar alguna conclusión, ruborosa de la vanidad de su esfuerzo para explicar aquel arte genial y dinámico, aquella floración sublime de los jardines del Renacimiento, se ha limitado a decir: Domenicos fué un paranoico, un loco.

En consecuencia, quedó excluido de los libros, de las conferencias y de las lecciones; excluido, pero no relegado, puesto que sólo era el inclasificable, el jeroglífico, el extraordinario. Se

le asignaba un valor; pero nadie se atrevía a ponderar este valor. Era una interrogación, una duda resistente al estudio y al análisis; ante ella el observador se detenía un instante y pasaba en seguida, rápido, como para separarse de un abismo, a escuchar el lenguaje claro y luminoso con que le hablaban en las pinacotecas o en los templos Velázquez, Murillo y Rafael.

Así, el Greco, que es algo como la "psiquis" del Renacimiento, no ha renacido hasta hace escasamente medio siglo: cuando se comenzó a dar personalidad como criterio de arte a la emoción.

Hasta entonces fué el pintor loco. Para muchos, el incomprensible.

¿Es justo declarar loco al autor inmortal del "Entierro del Conde de Orgaz"?

Si quienes declaran loco a su prójimo, por este hecho, incidieran en la obligación de mantenerlo y subvenir a sus necesidades, el número de locos disminuiría tan rápidamente como cesa de llover cuando el aire cambia.

En el concepto vulgar, y conste que en estos nuestros días hay un vulgo muy honorable que abrillanta los sillones académicos, escribe libros y cernicalea en tribunas y cátedras, es loco todo

el que es extraordinario; los conceptos no serán sinónimos, pero sí gemelos. Para el hombre de ordinario equilibrio, que se afeita los sábados, se muda de camisa, come más y trabaja menos los domingos, llama excelentísimos señores a quienes de tales se les calificó de Real orden, "cumple" con la Iglesia, da cuerda al reloj en el segundo entreacto cuando va al teatro, cree que en política es indispensable tener un jefe y que es verdad todo lo que consta en los libros, le parecen bárbaros los toros y cursi la democracia, para éste está loco todo el que no hace zapatos o pasteles, todo el que no visita enfermos o defiende pleitos o gobierna pueblos. El cultivo elemental del arte o el cultivo superior de la ciencia, le parece locura, y si los frutos de estas actividades no los comprende o no halagan sus sentidos materiales y externos, el autor está rematadamente loco; pero de los de grillete y camisa de fuerza.

Como en la vida todo se produce de abajo a arriba, y el vulgo bajo es numeroso y dinámico, los psiquiatras, aun los más prudentes y más selectos, han padecido y aún padecen, si bien no tan agudamente como hace veinte años, de cierta propensión a buscar estigmas de locura en

los grandes hombres de la humanidad. Y asegura haberlos encontrado en todos o en casi todos: Sócrates, Pascal, Augusto Comte, Dostoiewski, Tolstoy, Rousseau, Nerval, Baudelaire, Musset, Flaubert, Condillac, Voltaire, Ampere, Bousset, Zola, Balzac, Diderot, Cristóbal Colón, Dumas, Víctor Hugó, Napoleón, Newton, Manzoni, Cromwell, Chopín, Wagner y muchísimos más andan rodando por los registros clínicos, no siempre bien tratados.

Si fuera posible reunirlos en un concilio y someterles la cuestión, concluirían por unanimidad que los locos son los otros, "los externos", como decía el famoso cliente del doctor Esquerdo.

El vulgo considera loco a todo aquel que puede producirle alguna inquietud, sin excluir la inquietud espiritual. Acaso puso la primera piedra el sesudo Horacio cuando habló del "Genus irritabile vatum", pues en su época no sólo era vate el poeta, sino que el adjetivo comprendía a todos los profesos en la gran Religión de las Bellas Artes.

Lombroso se atrevió a decir: "La creación genial es una forma de psicosis degenerativa, perteneciente a la familia de las epilepsias."

Bueno. Como no supo demostrarlo, téngase

por no dicho y aguardemos que otro sabio mejor documentado nos diga: "La creación genial es una perfección del espíritu alcanzada por la elevación sobre el medio, perteneciente a la familia de las excelencias y negada por los que no la comprenden o ante ella no se emocionan." Esto ya sería más demostrable, al menos experimentalmente: bastaría examinar la obra del Greco.

Grasset anduvo más acertado cuando dijo: "El tronco común que une la superioridad y la neurosis, es un temperamento; pero no una enfermedad."

Luego, médicamente considerados el genio y la superioridad, no son enfermedades.

Luego los que durante más de dos siglos excluyeron al Greco de las lecciones, las conferencias y los libros, a título de que estaba loco, fueron unos verdaderos insensatos.

El empeño pertinaz de que el Greco no haya sido un hombre sano, normal y ordinario, ha inducido también a emborronar muchas cuartillas a propósito de su "astigmatismo".

La imputación de esta enfermedad de la vista es más moderna que la de la enfermedad del cerebro. En 1909 llegó a España uno de esos

sabios de exportación que siempre tuvo Alemania, incluso durante la Gran Guerra. Se llamaba Meier Graefe. Desde su niñez había contemplado las cabezas cuadradas de los tudescos, y sin duda le parecían el arquetipo universal. Llegó a Toledo, se enfrentó con las cabezas pepiniformes de los inquisidores y los santos y los gerifaltes pintados por Domenico, y concluyó que estas cabezas tan opuestas en su configuración a las leyes naturales respetadas en la modelación de las cabezas cuadradas de su país, sólo podían ser producto de una visión anormal. Así lo consignó en un sesudo libro que vio la luz en 1910 con este título tan original: "Viaje por España".

Won o Herr Meier Graefe no era médico. El empírico había dicho: me duele el estómago; faltaba el doctor que dijera: gastralgia.

Y el doctor llegó: En "Por esos Mundos", en 1912 el doctor Beritens diagnosticó que el Greco había pintado las cabezas pepiniformes, porque padecía de "astigmatismo hipermetrópico", que, entre otras cosas, le hacía ver como elipses lo que eran círculos.

El tema era bonito; interesó y deslumbró; pero no explicaba cómo podía ser de quita y

pon el astigmatismo del Greco, porque en muchos de sus cuadros no hay cabezas pepiniformes, ni el pintarlas así estuvo sujeto a una localidad o a una época.

Lo que sucede es que el Greco fué pintor de almas y no retratista, y ¡quién sabe cómo tendrán el alma aquellos hombres y cómo vería el Greco el alma de aquellos santos!

El Greco pintó como pintó porque pintaba a la luz de su propio espíritu.

Para que esta frase no se parezca a la de algunos de esos oradores que suelen llamar ideas a las gansadas, la explicaré con un ejemplo: Transcurrían plácidas y anodinas algunas tardes en el Congreso de los Diputados. La mayoría, disciplinada, ocupaba sus escaños obligada por la disciplina. Hablaba cansino un orador o leía displicente un secretario. De pronto uno de la oposición, sorprendido por algo del discurso o de la lectura, lanzaba un apóstrofe o una protesta, y la mansa mayoría, invadida de repentina fiebre, se ponía en pie, vociferaba y daba cabriolas. A mí me parecía estar junto a una jaula de monos soñolientos; un transeúnte les había tirado una manzana y vibraban al instante todos, lanzando gritos y dando saltos y manota-

zos. Si yo hubiera sido pintor de almas y hubiese decidido registrar con colores en el lienzo aquel momento parlamentario, habría pintado una jaula de monos.

La vida del Greco.

Llegamos a la parte protocolaria y cancellesca de todas las biografías: al lugar en donde han de callar la verdad y la crítica para que hable el Registro civil.

Esto es tan absurdo como ponerse bandas de colorines y colgarse armas mortíferas de la cintura para ir a una procesión o a un entierro. El artista no nace cuando dice el calendario, ni comienza su vida cuando, como el Código dispone, está ya completamente desprendido del útero materno, ni muere cuando cesa de tener sensaciones corporales. Vive desde que comienza a "hacer arte" hasta que sus sentidos o su imaginación dejan de ayudarle en esta sublime tarea.

Pero... El Greco, como acaece con casi todos los personajes anteriores al siglo XIX, no se sabe con precisión en qué año vino al mundo. Por procedimientos deductivos, han llegado a establecer los eruditos que nació hacia el año 1550.

Cuando Su Soberana Majestad el Renacimiento hacía febril su recluta de almas que lo perpetuasen.

Lo que sí se sabe con certeza es cuándo murió: en abril de 1614. Los registros parroquiales, únicos registros de la época, precisan siempre mejor la fecha de la muerte. Ellos dan fe del error inmanente de las Religiones positivas: cuidar de la muetre y poner flores y luces en sus jardines y tinieblas y espinas y hogueras y cadenas en los de la vida.

Toledo guarda sus cenizas; pero no sabe en qué cajoncito secreto de su complicadísimo bargeño hubo de depositarlas.

¿En donde nació el Greco? Yo contestaría sin vacilar: en Toledo, puesto que en Toledo se reveló como artista incomparable. Pero, ¡ah la vida civil! Para respetar sus cánones, diré que nació en Candia (Creta). De allí consta que pasó a Roma y fué discípulo de Ticiano. Se supone con algún fundamento que vivió también en Venecia. Lo que se desconoce en absoluto es la fecha de su llegada a España, y asimismo el motivo que a ello le impulsara.

También el misterio ha tendido sus buídas garras sobre la vida familiar y sobre la vida amo-

rosa del Greco. Sólo se sabe con certeza que tuvo un hijo llamado Jorge Manuel, que vivió a su lado, colaboró en algunos de sus obras y por sí solo realizó otras muy estimables.

¿Quién fué la madre de Jorge Manuel? Durante mucho tiempo se ha tenido por tal a doña Jerónima de las Cubas, que fué su mujer, con o sin sacramentos. Hoy existen poderosos motivos para dudarlo.

Se tenía por cierto que la "Dama del Armiño" era el retrato de una hija del Greco. Hace algunos años encontré esta aseveración en un "Magazine Pittoresque" de 1845, y como no tenía motivo para dudar, ni sentía inquietudes de investigador, la acepté como buena, le conservé el nombre que la revista francesa le daba—Constanza—y amplié en estos términos la descripción que traduje:

"Vestía de un modo extraño y original, muy diferente de como es uso y costumbre entre las doncellas de Castilla, pues cubría todo su cuerpo, salvo los brazos, muy hermosos y bien moldeados, que al aire traía, una túnica de seda azul muy amplia que caía en clásicos pliegues a lo largo del cuerpo, sin velar la armonía de

las líneas, y una piel de armiño rodeaba, sin taparlo, su cuello de griega estatua.

"Era una hermosa mujer de color pálido y fino, de mirada ardiente, radiada por unos ojos grandes, penetrantes y negros. Adolecía de una palidez como enfermiza, denunciadora de la fiebre de un corazón atormentado. Su conjunto atestiguaba una naturaleza capaz de una pasión profunda y de una grande irritabilidad nerviosa." (1)

Fernández Ardavín, en su hermoso drama "La dama del Armiño", da también vida y personalidad a la hija del Greco, si bien en vez de Constanza la llama Catalina.

Después, la crítica, con motivos y razones sin duda suficientes, ha concluido que "La dama del Armiño" no es Constanza, ni Catalina, ni la hija del Greco, en una palabra, sino la propia doña Jerónima de las Cubas. Si así es, por razones de edad, dada la fecha en que este cuadro debió ser pintado, Jorge Manuel no pudo ser hijo de doña Jerónima.

Pero... se me ocurre una cosa: si el Greco

(1) De mi novela "Historia ejemplar y atormentada del Caballero con la mano al pecho". Mundo Latino. Madrid.

desplazó de su vida el recuerdo de doña Jerónima, ¿con qué derecho podremos nosotros poner manos a la obra de su restauración? Puesto que él no hizo cosa que se encaminara a facilitar el que la posteridad pudiera identificar a su mujer, o a su amante, cortemos aquí en homenaje a su santa voluntad.

Para cerrar esta parte protocolaria y cancellesca de la biografía del Greco, añadiré únicamente que, haciendo honor a su condición de genio, dejó menos bienes que trampas.

Hasta la tierra que acogió sus mortales despojos fué prestada. Los frailes de Santo Domingo los recibieron en su convento a condición de que Jorge Manuel solemnemente se obligara a sacarlos cuando la comunidad se lo pidiese. Y a los cinco años parece que debieron plantearle el desahucio, pues consta que en 1619 los trasladó al Monasterio de San Torcuato.

Góngora le dedicó el siguiente

EPITAFIO AL SEPULCRO DE DOMENICO GRECO, EXCELENTE PINTOR

Esta forma elegante, ¡oh peregrino!,
de pórvido luciente dura llave,

el pincel niega al mundo más suave
que dió espíritu al leño, vida al lino.
Su nombre, aun de mayor aliento dino,
que en los clarines de la fama cabe,
el campo ilustra de ese mármol grave:
venéralo y prosigue tu camino.
Yace el Griego: heredó Naturaleza
Arte, y el Arte estudio; Iris colores,
Febo luces, si no sombras Morfeo.
Tanta urna, a pesar de su dureza,
lágrimas beba y cuantos suda olores
corteza funeral de árbol sabeo.

Cómo era el Greco físicamente.

Tampoco sobre este particular se puede dar seguridades. Sobre su retrato, como sobre su biografía, pasaron dos siglos y medio de tinieblas.

Hay quien lo identifica en el personaje que, acompañado de Ticiano, Miguel Angel y Clovio figura en el cuadro de "Los mercaderes arrojados del templo".

Se asegura que también se retrató en el "Centurión", del cuadro de la "Túnica"; en el San José de "La Sagrada Familia" y entre los asistentes al "Entierro del Conde de Orgaz".

Dícese también que el Greco es el joven que figura en el ángulo izquierdo de "La canción del ciego" y el caballero rubio que se destaca en el "San Mauricio".

Por último, algunos investigadores tan poco fáciles de contentar, como Barrès, aceptan como auténtico el del "Anciano", que con este adjetivo presentó el Sr. Beruete, y que en tal concepto se ha incorporado a lo que pudiera llamarse la universal bibliografía iconográfica.

Para Barrès (1) el Greco "debió ser un hombre todo finura y nerviosidad, con la cabeza ligeramente inclinada a la izquierda, de tipo ardillesco, si así me atreviera a decirlo; pero ennoblecido por el ensueño religioso: un rostro silencioso y arrugado (y acaso neurasténico)".

Tampoco sabemos con certeza cómo se llamó. Al parecer, en su país natal "Domenicos Theotópulos". En Venecia italianizó su nombre y usó el de "Domenico Theotocópuli". En España firmó "Domenico", sin fijeza en el apellido. En algunas ocasiones firmó "Domenico Greco".

La documentación de sus pleitos debería servir para fijar este extremo; pero no sirve. Enton-

(1) Barrès. "Greco ou le secret de Tolède."

ces, como ahora, resultaba inútil pedir a un curial o a un alguacil respetos para un nombre propio al escribirlo o al hablarlo.

Su fisonomía espiritual.

Esta se puede recomponer más fácilmente por el conjunto de su obra, por el inventario de los libros que dejó en su biblioteca y por las anécdotas de su vida que se tienen por auténticas.

Fué más partidario del ascetismo que del misticismo como temas de arte; religioso, pero no ortodoxo; sibarita, pero no vicioso; enérgico, pero no soberbio; amante de su fuero y su derecho, pero no déspota; equilibrado, pero con equilibrio de hombre superior. En sus numerosos pleitos defiende el derecho y no el dinero. Siente la amistad y los afectos familiares. Su voluntad jamás pierde imperio sobre su genio. Su alma es un trozo selecto del alma del Renacimiento.

Es, además de pintor, miniaturista, orfebre, arquitecto, escultor y poeta.

En su biblioteca, cuando murió, tenía 27 obras griegas, 117 italianas, 17 de literatura española y 19 de arquitectura.

Como un libro era entonces una alhaja, y la

miseria amargó sus últimos días, no es difícil que en éstos se viera obligado a cambiar por pan algunos de sus libros.

Yo me he recompuesto la fisonomía moral del Greco al hacerle intervenir en un diálogo novelasco en estos términos:

“—Yo no tengo un alma: ya estaría la pobre exprimida y exhausta. Con sólo un alma, yo no hubiera podido crear el “Entierro” y mis retratos de santos, el “Cristo” despojado de sus vestiduras y el “San Mauricio”, que tanto ha disgustado a Su Alteza. Con sólo un alma, que es la ración de divinidad que Dios asigna y reparte a los soldados, a los encomenderos, a los menestrales y a la mayoría de los duques y marqueses que la Corte decoran y a muchos poetas hueros y a muchos artistas protegidos por la Iglesia y el Trono y a todos los inquisidores, yo no hubiera podido hacer cuanto hice: cuadros, estatuas, palacios, versos, y todo en gran copia, y no digo con gran perfección porque no es a mí a quien toca juzgarlo.

“Yo no tengo un alma; por lo menos, he de tener seis, si no son nueve o diez, u once, como las musas de las diferentes mitologías. Cada una me dicta lo que le acomoda, y yo las obedezco,

y mi mano sigue la senda que cada una de ellas jalonó.

"Yo no sé, mi señor don Luis, si esto será herejía; si tal es, que me quemen pronto, pues no he de allanarme a creer y declarar que Dios asignóme a mí la misma porción de su divinidad que al alcabalero de Illescas o a Su Alteza el Rey, quien hasta se precia de juzgador de mis obras." (1).

La formación del artista.

Contaría unos veinte años de edad cuando llegó a Roma, según la referencia de Giulio Clovio. Debió marchar muy joven de su país, porque antes de llegar a Roma vivió en Venecia.

De Creta salió artista y artífice, sin duda alguna. Se adivina sin esfuerzo que procedía de alguna de aquellas largas dinastías de artistas que no se extinguen hasta bien entrada la edad moderna.

En Venecia perfecciona sus conocimientos, y es allí esmaltista, vidriero artístico y miniaturis-

(1) "Historia ejemplar", etc. Obra citada.

ta; esta última afición le acompaña durante toda su vida.

Ticiano, a pesar de su poca afición a recibir discípulos, acoge al Greco y guía lo que sin duda no eran aún sino los primeros destellos de su intuición. Poco tiempo están juntos. Acaso al avanzar en la vida se negarán recíprocamente; pero las manos que en sus personajes pinta el Greco recordarán las del Ticiano eternamente.

En Venecia tal vez tiene la visión de España, el ensueño de España, de aquella España rica y poderosa que aun domina casi todo el mundo. En Roma le acompaña esta visión, y sin duda lo empuja otra vez a Venecia, mejor comunicada con España, más fértil en ocasiones para el anhelado viaje. Y no sólo le trae la España opulenta y magnífica del joven Felipe II, a quien las Cortes de Castilla han tenido que requerir para que ponga un límite razonable a su ostentación y a su lujo deslumbrante, sino que, además, entristece su espíritu aquella Italia pobre, misérrima, atomizada en Señorías y Repúblicas, que tienen de común el ser oligarquías y feudos de tiranos, celosas unas de otras y con miedo febril y permanente a los españoles, a los franceses, a los alemanes y a los suizos, según atesti-

guan los escritos de los diplomáticos de la época Maquiavelo, Tiépolo y Contarini.

Los pueblos acometidos de la enfermedad del miedo ni viven ni vegetan; perecen, son como muertos sin tumba que gastaron todas sus energías en crear autoridad y todo su dinero en templar armas, sin cuidarse más que de una seguridad egoísta y engañosa, muy necesaria para el que manda y para el que consume y muy indiferente para el que obedece y para el que trabaja.

En estos ambientes el artista es planta exótica que de continuo ha de ver ante sí el dilema: emigrar o morir.

Cruzan el Mediterráneo los barcos de las ciudades anseáticas, y a la vista de uno de ellos el Greco no puede resistir la tentación; en él se acomoda, y pocos días después desembarca en alguna de las ciudades del Ansa Mediterránea. ¿Barcelona? ¿Valencia? Tampoco se sabe. La Historia lo recoge en Toledo. En el barco se acomodó con judíos que lo llevaron a la ciudad eterna, tan eterna como Roma, o en la ciudad de su desembarco recibió el consejo de alguno de aquellos hombres singulares de íntima vida interior, horros de espíritu corporativo, que en-

tonces y ahora son los pilotos del dinero del mundo. Tal vez fuese a Toledo consignada a la tutela de Samuel Levi por alguno de sus correccionarios.

Se establece en la Judería, y al barrio conserva cariño durante toda su vida. Fiel el genio a su trabajo secular, a su hijo el Greco lo somete, acaso durante luengos años, a la prueba del hambre, que soporta estoico, con la confianza puesta en los días venideros en que habrá de deslumbrar a Toledo con sus exquisiteces y sus magnificencias.

Toledo es, entonces, el foco intelectual y artístico, no ya de España, sino de Europa. Segovia viste materialmente a los elegantes del Universo. Toledo y Alcalá los visten espiritualmente.

El talento en aquella época tenía un don de atracción y de sociedad que perdió al vestirse los oropeles de la pedantería. Mauricio Barrès le hace pasear por el Cigarral de Buenavista, del brazo de Tirso de Molina, Lope de Vega, el padre Rivadeneyra, Palavicino, Arteaga, Covarrubias, Ercilla, Góngora, Baltasar Gracián, Cervantes y el hoy beato Juan de Avila. Pudiera ser: a muchos de ellos los retrató; otros dejaron su espíritu grabado en el corazón del Greco.

Su cuadro "La Asunción" le procura el pasaporte para codearse con los grandes en 1577; acaso no lleva en Toledo un año. Los frailes dominicos muestran con orgullo su adquisición a los canónigos de la catedral, y éstos, inmediatamente, le encargan el "San Martín partiendo la túnica con Cristo".

El Greco ha triunfado. Durante treinta años será requerido por reyes y magnates, por frailes y obispos, y llenará de glorias sus estados y sus altares.

Su modesta habitación se transforma en morada fastuosa. La realidad ha eclipsado en su mente el recuerdo del palacio de Alejandro Farnesio, que le cobijó en Roma por la recomendación de Giulio Clovio. Se crea una familia, se rodea de discípulos y hace que los perfumes y las músicas distraigan su imaginación mientras en la mesa restaura sus fuerzas: mientras cumple la sagrada obligación de vivir.

Durante treinta años confía, pródigo, al lienzo y la madera los sublimes secretos del color que atesoró su retina en Candia, en Venecia, en Roma, en el Mediterráneo, en la huerta valenciana. Blanco, azul, rojo, verde, plata y oro. Al declinar su vida, el pardo ascético y sucio de que

los Austrias cubrieron nuestras glorias se apoderará también de su paleta...

Matices y perfiles de su vida.

Primer tropiezo.

Entonces, como ahora, los fueros y pragmáticas del Genio estuvieron limitados por los fueros y pragmáticas de quien tiene la soberanía de cambiar la gloria por trozos de cobre.

Pintó para el Cabildo de Toledo el cuadro sin par que se titula "El expolio de Cristo". Los compradores, los amos, no estuvieron conformes con el precio ni con algunos detalles de la pintura.

La primera diferencia se sometió al arbitraje de Alejo de Montoya, quien dictaminó textualmente:

"Vista la dicha pintura ser de las mejores que ya he visto y que si oviese destimar, considerando sus muchas partes que tiene de bondad, se podría estimar en tanta cantidad que pocos o ninguno quisiesen pagarla; vista la calidad de los tiempos y lo que de ordinario se paga en Castilla por pintura de grandes artífices...", fija el precio de tres mil quinientos reales.

Los reales, adviértase, no eran los de ahora; pero su valor adquisitivo no llegaba al de la actual peseta.

No debió quedar el Greco muy conforme con el resultado de la tasación; por el contrario, parece ser que "in petto" dijo, como nuestros escribanos de colodra y colmillo retorcido: "Se acata, pero no se cumple." Así se deduce del hecho de que un mal día se presentaran en su casa las justicias para requerirle a la entrega del cuadro por el precio que había señalado Alejo de Montoya, bajo la conminación de ponerlo preso.

Vencido el artista por tan convincente sinrazón, al día siguiente compareció ante el Tribunal para prometer solemnemente, como hizo, que entregaría el cuadro en cuanto terminara las correcciones que habíanle impuesto los clérigos.

Eran éstas, entre otras, que alejara las tres Marías de la imagen de Cristo, "por la impropiedad histórica del suceso", y que borrarse algunas cabezas que sobresalían por encima de la de Jesús, y dos celadas, por respeto a esta principal figura.

Lección aprovechada.

Desde entonces el Greco no vendió sus cuadros. Recibía una cantidad y entregaba su obra en prenda, reservándose sin plazo el derecho a rescatar el cuadro mediante la devolución de la suma, no se sabe si con intereses. Es de suponer que sin ellos, puesto que bien pagados iban con la facultad de poseer, aunque interinamente, el cuadro y poderlo ver a todas horas y mostrarlo a los familiares y amigos. No se puede dudar de que entonces, como ahora, hubiese hombres capaces de sentir mayor deleite ante un montón de escudos que ante un cuadro del Greco; pero es de suponer que entonces, como ahora, para éstos el Greco no existiese.

Felipe II, crítico de arte.

En 1580 la fama del Greco había llegado ya hasta la Corte de Felipe II, quien le encargó para El Escorial el famoso "San Mauricio".

Con impaciencia y con entusiasmo le aguardaba sin duda el monarca, pues habiendo llegado a su noticia que el Greco no trabajaba por falta de colores finos, encargó con interés espe-

cialísimo que se le asistiera de lo uno y de lo otro.

Hízose como el rey dispuso, y ello acrecentó el celo del Greco, que de antemano habíase dispuesto a poner en el cuadro todo su arte, confiando a él su triunfo definitivo.

Pero si en contraste no halló el definitivo fracaso, encontró sin duda un grave dolor, una profunda herida en su noble amor propio de artista. El cuadro no gustó a Su Alteza, y quedó ipso facto arrinconado.

El P. Sigüenza, uno de los asesores del soberano, dice a este propósito:

"La pintura no le contentó a Su Alteza, y no es mucho, porque contenta a pocos, aunque dicen es de mucho arte y que su autor sabe mucho y se ven cosas excelentes de su mano.

"Los santos se deben pintar de manera que no quiten la devoción."

¿Tenían razón el sombrío monarca escurialense y sus asesores?

Dejemos la contestación a la indiscutible autoridad de don Manuel B. Cosío:

"El fracaso procede del violento contraste entre el asunto heroico y el nuevo extraño modo de tratarlo; del pronunciado acento de caracteres,

actitudes, desnudo y ropajes; de la frialdad del color y de la plenitud de la luz al aire libre."

Madrazo, discutiendo las afirmaciones del P. Sigüenza, dijo: "Por lo que toca a los santos pintados, ellos tienen sentimiento de sobra, y por encima campea una gloria de composición, de dibujo y de color."

Por mi parte, me atreveré a recordar que el Greco no sintió la mística.

El alcaballero de Illescas.

Fué a Illescas el Greco para esculpir el monumento sepulcral en memoria de don Gedeón de Hinojosa. Ministro que fuera del Consejo y Cámara de Castilla y del Consejo y Cámara de Indias. Durante su estancia en la ciudad toledana pintó algunos cuadros para el Hospital de la Caridad, y suponiendo que no lo haría de balde, salióle al paso el alcaballero para reclamarle lo que hoy llamarían nuestros arbitristas el "impuesto de utilidades".

El Greco, al principio, tomó a chacota el requerimiento: "¿Qué pone el Rey—cuentan que dijo—en mi imaginación? ¿Qué pone el Rey en mis pinceles?"

Con mayores o menores respetos, con todos los respetos, con algunos o sin ninguno, insistió el publicano, y fué despedido de mala manera, acaso con algún desperfecto en su integridad física.

Puso en manos de las justicias el asunto, y éstas lo tramitaron como pleito, en el que el Greco, ¡también abogado!, se defendió con brillantes alegatos y logró que el Consejo de Castilla se pronunciara por la exención de tributos total y absoluta, a favor de las nobles artes de la pintura, escultura y arquitectura.

Esta resolución sentó jurisprudencia durante muchos siglos. Los reyes que pasaron hambre no osaron mandar el agente ejecutivo a los estudios de los artistas.

El carabinerismo del Estado contemporáneo ha violado esta jurisprudencia, y el malogrado Romero de Torres, por ejemplo, tuvo todos los trimestres que destinar un puñado del oro que, con su genio fabricaba a prestar ayuda a los Gobiernos para que continúen, si lo tienen por conveniente, la

“¡Guerra, guerra al infiel marroquí!”

La herética parvedad.

La Inquisición, ¡cómo no!, metió también sus agudas y venerables narices en la vida del Greco.

Cuando mayor era su gloria, comenzaron a opinar los teólogos que aquellas geniales creaciones no siempre se ajustaban a los cánones de la Iglesia o a los postulados incommovibles de las Santas Escrituras.

Y ya se sabe las consecuencias que siempre produjeron en el orden humano las opiniones de los teólogos.

Uno de ellos, siguiendo sin duda el dedo misterioso e invisible del Espíritu Santo, descubrió que los ángeles del Greco tenían las alas demasiado grandes. ¡Oh herética parvedad y apostasía! ¡Atreverse de tal manera a rectificar la obra de Dios !

Siempre estas audacias determinaron la explosión de grandes males para los terrenales imperios; pero en aquel tiempo, desde cada choza de pastor, y aún desde cada celda frailuna, se desencadenaba una herejía que a lomos del demonio recorría vertiginosa el planeta sembrando el pecado y la desolación, y debía, por

tanto, extremarse el celo en la defensa y vigilancia de los sagrados principios.

Se produjo la denuncia, probablemente anónima, y el Greco tuvo que habérselas con la Santa.

Pero con él no extremó sus rigores. Dióle su casa por prisión, con lo cual, aparte otras molestias, excusóle pagar la "cuenta de la despesa".

Al cabo de contestar a unos cuantos interrogatorios, a las generales de la ley, que diríamos hoy, que "por" ante el Notario del Secreto, hi-ciéronle sucesivamente los tres jueces, con sujeción estricta a las instrucciones que acaba de promulgar don Fernando de Valdés, Inquisidor Apostólico General, contra la herética parvedad y apostasía, pasaron los muy reverendos señores a esclarecer y contrastar el objeto de la denuncia.

—¿Os acusáis de haber pintado alas desmesuradas a vuestros ángeles?

—El hecho es cierto; pero de haberlo realizado no me acuso.

—Vuelvo a exhortaros a que contestéis con verdad, conforme al estilo del Santo Oficio, las preguntas que os hagamos y a recordaros vues-

tro juramento, así como nuestra promesa de usar de piedad con vos si lo cumplís en conciencia.

—Atento a ello, confesaré haber pintado las alas de mis ángeles, como decís; pero de ello no puedo acusarme ni arrepentirme.

—He de advertiros que, consultado el caso con nuestros más sabientes teólogos, han declarado ser heréticas vuestras pinturas.

—Sin duda vosotros, mis señores jueces, visteis ángeles en alguna ocasión.

—No, sino en los cuadros y las sagradas imágenes.

—Veríanlo, sin duda, los sabientes teólogos.

—Los mismos que nosotros vimos.

—Entonces me permitiréis que concluya que ni mis señores los teólogos, ni vosotros, ni yo, vimos ángeles. En caso contrario, llevadme donde los haya, y de ellos copiaré la forma y el tamaño de las alas para los míos, que en cuanto a lo demás, si arbitrariamente los pintaron o tallaron mis antecesores, en justicia no podéis negarme el mismo derecho.

Sin duda insistieron los jueces en su acusación, ponderando que los pintores de la época en que milagros y apariciones celestiales eran cotidianos acontecimientos, debieron ver los án-

geles muy de cerca y documentar con una realidad sus pinturas, y ello indujo al Greco a poner de relieve sus conocimientos sobre mecánica y equilibrio, concluyendo que el tamaño de las alas ha de ser proporcionado al del cuerpo y a su peso. Como los jueces es probable que carecieran de argumentos de orden científico para rebatir los del Greco, quedó por éste el triunfo y libró de las garras de la Santa sin el más leve arañazo.

El *gennus irritabile vatum*.

Tiénese por cosa cierta que el Greco era hombre rebelde, acaso excesivamente irritable y colérico, y que muchas veces levantó su bastón sobre la cabeza o espaldas del prójimo en defensa de un derecho, una razón o una postura en determinado debate.

A este propósito, se cuenta que en cierta ocasión estuvo a punto de brumar las espaldas de su discípulo predilecto don Luis de Tristán, en presencia de la Reverenda Comunidad de los Reverendos Padres Jerónimos.

Encargáronle estos religiosos un cuadro, y al ser Jerónimos los comitentes, resultaría redun-

dancia decir que eligieron la "Cena de los Apóstoles", pues no se olvide que, si la leyenda no miente, Jerónimos fueron los que para sí mismos prescribían lo de "Ventrem vobinum, collum cervinum et vocem omnipotentem".

El Greco, abrumado sin duda de trabajo, y no por otra razón, pues los Jerónimos eran ricos y su criterio en materia de arte no era por demás estrecho ni sutil, declinó el encargo sobre su discípulo don Luis de Tristán.

Terminó éste satisfactoriamente su trabajo, y lo entregó a los frailes, que quedaron deslumbrados por su belleza.

—¿Cuánto os debemos, hermano?—le preguntó el Prior.

—Poca cosa... Doscientos escudos—repuso don Luis tímidamente.

—"Oh auri sacra fames!"—comentó indignado el Padre Refitolero—. ¿Estáis condenado, hermano?

—Yo, Reverendísimos Padres, no quisiera disgustar a vuestras Paternidades... Además, soy artista y me da rubor hablar de dinero... ¿Aceptaría la Reverendísima Comunidad que pusiera el precio mi Maestro?

—“In dubio magister verba. Quot dicat accipies.” Haced venir a Domenico.

Vino en seguida, enteráronle de lo que de él solicitaban, y al oír de los Reverendos labios que don Luis había pedido por su cuadro doscientos escudos, enarboló su bastón y, si la robusta humanidad del Prior no lo impidiera, posible es que el pobre joven de la “Cena” no hubiera podido pasar al desayuno.

—¡Dejadme, dejadme que acabe con él!... ¡Deshonrar así la pintura!—clamaba el Greco.

—Perdónele, perdónele, hermano, por el amor de Dios y de nuestro Santo Padre San Jerónimo. Es muy joven aún y no tiene idea de lo que vale el dinero. El mismo va a prometeros que en adelante no pretenderá abusar en lo tocante al precio de su trabajo.

—¿Qué decís, Padre? ¿Estáis loco?—y enarbolaba esta vez el bastón contra el Prior—. O dais ahora mismo quinientos escudos bien contados o me llevo el cuadro para mí. ¡Traicionar de ese modo los intereses de sus compañeros!

De suponer es que los frailes Jerónimos pagaran en el acto los quinientos escudos, puesto que el cuadro quedó en su poder y puesto que el

Greco no era hombre propenso a las claudicaciones.

Su juicio sobre Miguel Angel.

Según el mío, ha sido mal interpretada la anécdota de donde se viene tomando la referencia.

Su contemporáneo Pacheco, de sobremesa le pregunta: —“En pintura, ¿qué os interesa más? ¿El dibujo o el colorido?”

Contestó el Greco que el colorido, y se dice que como corroboración, por misteriosa asociación de ideas o como continuación de un diálogo interrumpido por la pregunta, dijo: “Miguel Angel era un buen hombre; pero no sabía pintar.”

Como precisamente Miguel Angel es uno de los pintores que “vieron el color”, y el Greco menos que nadie podía negarle esta excelencia, es de suponer que, en vez de esto, lo que dijera fuese algo de posible traducción al lenguaje de nuestros días en estos términos: “Miguel Angel es un pintor estático. Yo soy un pintor dinámico.”

La obra escultórica y arquitectónica del Greco.

Es más difusa y está más diseminada y borrosa que la obra pictórica. Se sabe con certeza que fué escultor y arquitecto; pero de muy pocas de sus creaciones se puede ofrecer prueba documentaria.

Los retablos de madera que se le atribuyen, con sus imágenes y estatuas, con sus tallas, dorados y estofados, son innumerables, tanto que la cifra rechaza la certeza de la referencia.

Sin embargo, Pacheco, que como queda dicho fué su contemporáneo y estudió su obra con meritísimo interés, dice que "es suya la traza del Convento de Religiosas de Santo Domingo el Antiguo, de Toledo, y además los retablos, pintura y estatuas, hecho todo con gran primor, como lo son también la Iglesia, retablos y estatuas de Nuestra Señora de la Caridad de Illescas."

Un documento indubitado acredita que por el precio de treinta mil reales hizo la escultura, ensamblaje, dorado y estofado de los retablos de la Iglesia del Hospital de San Juan Bautista, también en Toledo.

En Madrid se le atribuye la traza y el retablo mayor del que fué Colegio de Agustinos Calzados.

La obra de esta índole sin duda más preciosa y en la que, por razones hasta hoy ignoradas, más cariño puso el artista, fué el sepulcro de don Gedeón de Hinojosa, en Illescas, con sus estatuas de mármol blanco; pero ha desaparecido totalmente, sin que se sepa la fecha ni la causa.

De la Casa Consistorial de Toledo se puede asegurar que la proyectó y comenzó a dirigirla Herrera; pero la terminó el Greco, secundado brillantemente por su hijo Jorge Manuel.

Obra suya también son los retablos de la capilla de San José, de la iglesia de San Vicente, del Colegio de San Bernardino, en Toledo, y el altar repujado de Titulcia.

En cuanto a los demás que se le atribuyen, se hace por deducción y sin datos precisos.

Se ha discutido mucho sobre si el Greco recibió de don Bernardo de Sandoval y Rojas y cumplió el encargo de edificar y decorar la casa y cigarral de Buenavista tan celebrado de Tirso de Molina. La autoridad de Cosío se ha pronunciado por la afirmativa y, a nuestro juicio,

a ella puede llegarse, por exclusión, sin temor alguno. Si el cigarral y el Palacio fueron como los pintan Tirso y Medinilla en su soneto, en aquella época no había en Toledo otra persona sino el Greco, capaz de esta artística concepción.

Los cuadros del Greco.

Vana tarea sería la de quien se propusiera catalogarlos. Al morir dejó empezados más de doscientos, que, acaso terminados por otros artistas, pasan hoy por originales del maestro.

El catálogo que hizo Cean Bermúdez fué, en su origen, incompleto, y ya ninguna utilidad presta, pues con posterioridad a su publicación se creó el Museo del Greco en Toledo, y el Estado ha rescatado algunas obras que estaban en inminente riesgo de exportación. Al catálogo de Cean Bermúdez habría que añadir muchos cuadros del Greco, y en cambio dar de baja en él a otros que desde entonces han desaparecido.

Hubo y hay cuadros del Greco, además de los que se instalaron en el referido Museo, en casi todas las iglesias de Toledo y en la Casa

Consistorial. Los tienen, o los han tenido, los pueblos de su provincia: Illescas, Escalona, La Guardia y Casarrubios.

En Madrid, además de los del Museo del Prado, los tienen, o los han tenido, las iglesias de Atocha, Recoletos, las Recogidas, San Basilio, la Merced, Carmelitas Descalzas y la Academia de San Fernando.

En la provincia, además de El Escorial, Móstoles y Titulcia.

Los tienen, además, Barcelona, Valencia, León, Sigüenza, Medinaceli, Olot, Sitges y acaso otras poblaciones.

En el extranjero enorgullécense de guardar "grecos" los museos de Viena, Nueva York, Boston, Chicago, Filadelfia, Lyon, París, Richmond, Londres, Atenas, Florencia, Roma, Parma, Nápoles, Buenos Aires, Bucarest, y no sé si será aventurado poner aquí etcétera.

No hay para qué decir que ni en cantidad ni en calidad igualan a nuestro Museo del Prado, que guarda 25.

También hay Grecos en poder de particulares y aun de comerciantes que atisban la hora de hacer con ellos negocios ventajosos, puesto que los cuadros del Greco son, después de los

de Velázquez, los mejor estimados en el mercado mundial.

En que la obra maestra de Domenico Theotópuli es "El Entierro del Conde de Orgaz" han convenido todos los críticos.

Un día del Greco.

El soplo cálido de mayo extiende sobre las huertas el blanco tapiz que antes fuera tocado de albaricoques y almendros. Como diamantes fundidos brilla el agua del Tajo, aquietado ya de las crecidas primaverales. La Rueda de Juanelo deja caer gotas de brillantes con las que juega el sol iluminándolas con todos los colores de sus primeros rayos. Rayos que tras de los montes hirsutos emergen de su cresta dorada. Trinan los gallos para rendirle el cotidiano y musical saludo.

Domenico se incorpora en su lecho veneciano de robustas y talladas columnas, en las que brillan incrustaciones de nácar y apliques de metales preciosamente cincelados.

Aparte el oleaje de damasco carmesí que acaricia su cuerpo, se yergue sobre el cálido ta-

piz de Estambul que a la Judería trajo un cautivo libertado de mano de un poderoso alfaqueque musulmán, hace sobre su busto la señal de la cruz y refresca su rostro y su cabeza en el dornajo que sostiene un trípode en un ángulo de la alcoba.

Vístese despacio y con pormenor de novio sus calzas de velludo fino y su ropilla, y hunde sus piernas en las botas altas de labrado cuero cordobán. En un escabel deposita la capa, la espada del perrillo y la gola solemne y atormentadora,

Contempla luego su rostro en un espejo veneciano de plata cincelada, y una sombra de raudó pesar cruza por el infinito de sus ojos. Ha doblado la cumbre del medio siglo, y sobre su frente y sus mejillas es ya plata lo que fué oro brillante y luminoso. "Pero ¡ay!—se dice—, que no he perdido juventud. Huyó de mis mejillas y de mis barbas, para refugiarse en mi corazón..."

Pasa a otra estancia, en donde conforta su estómago con unos melindres y un largo trago del vino de albillo que añejan en San Martín de Valdeiglesias los Jerónimos, y, alegre y resuelto, encamínase al salón oriental de su fastuoso pa-

lacio, en donde tiene a punto ya de terminarlo el cuadro de los "Santos Juanes".

Clava en él su vista y lo escudriña por todas partes, como para comprobar que durante la noche no bajaron los ángeles a prestarle su colaboración. Toca con el índice de la diestra algunos puntos, con el fin de ver si la pintura está seca. Y, satisfecho de la observación y de la prueba, dirígese a un bufetillo en el que en barro talaveranos y en bolsas de piel guarda los colores.

Afina el polvo en la piedra y lo emulsiona en aceite; prueba en la paleta la densidad de la emulsión y, satisfecha, comienza su tarea.

En la figura de la derecha rectifica los pliegues de la túnica. En la figura de la izquierda perfila los dedos de las dos manos. En las nubes es preciso aumentar los tonos blancos. ¿Estará en "cúmulus" mejor que en "nimbus"?...

Han pasado tres horas. De ello se da cuenta porque su criada Felipa y su paje Bernardín tráenle de almuerzo las succulentas sopas de prima, hechas "secundum ars dominicanus", como él dice; esto es, con arreglo a la receta que le facilitaron los dominicos.

Cuando termina llaman a la misa "de los se-

ñores" las campanas de Santo Tomé. Cuando empezó a pintar llamaron a la "de palomas", para los labradores y cazadores, y luego a la de "menestrales".

Contempla de nuevo el cuadro, ciñese la espada y la gola, cuelga de sus hombros la capa del mejor paño segoviano, tócase con un amplísimo sombrero con cintillo de preciosas piedras, y encamina sus pasos a la catedral para oír la cotidiana misa en la capilla mozárabe.

Al salir ofrécele agua bendita su discípulo expertísimo fray Juan Maino, y se detiene un instante para saludar a otros dos frailes que con fray Juan conversan en el vestíbulo. El Greco les ha interrumpido una conversación muy interesante. Hablaban de una monja castellana, un poco poetisa y un mucho corretona, que en aquella sazón andaba por tierras de Toledo para fundar conventos. Nada se motejaba en su conducta, pero mucho en su audacia y desenvoltura. Los reverendos padres meditaban escribir al señor Rey para que recordara su ordenanza encaminada a restituir los religiosos a su vida de austeridad y al cumplimiento de sus votos, lo que determinaría en inmediatos términos el que la monja poetisa se tornase a la ciudad de

Avila por el camino que trajo, si es que éste, entre las dos ciudades, era el más corto.

El Greco sube apoyado en su bastón, pero sin fatiga, hasta Zocodover. Baten sus alas en acogida respetuosa todos los sombreros, y en los corrillos que cuentan nuevas, levantan la voz para que el maestro las recoja. "Madrid está contento de haber rescatado la Corte." "Valladolid se duele y protesta de haberla perdido." "El señor Rey, como no puede dar la paga a sus soldados, ha mandado inventariar la plata y el oro de los conventos." "Pronto destacará un nuevo Xevres para el despojo." "Se acata, pero no se cumple, la pragmática de las lechuguillas." "En tierras de Francia un asesino comprado de consuno por el Rey de España, María de Médicis, el duque de Eperón y los jesuitas, ha quitado la vida al Rey Enrique." ¿Qué opina sobre todas estas cosas el maestro Domenico?

Domenico no puede opinar: es extranjero.

Se despide, solemne, con un gesto hidalgo. Cruza pausado por entre aquella multitud compleja de mercaderes, soldados, trajinantes, hortelanos, capitanes, clérigos, estudiantes, artesanos y leguleyos y encamina sus pasos a una ló-

brega hostería que maese Traccagnino y su esposa Oliva instalaron junto al Cristo de la Luz. En la hostería se apiñan para tomar las "once" los artistas italianos que se afanan por convertir en iglesia la mezquita de al lado.

Burbujea en las copas el blanquillo de Yepses, bien acompañado de conservas y golosinas. Unos le saludan, otros le abrazan, otros le besan las manos; todos le brindan sus copas.

Uno le habla con entusiasmo declamatorio de la rebeldía de Venecia contra el Papa.

—¡Ah, el Papa!—exclama Dominico—. Dios no lo tuvo de su mano cuando me restó los trescientos escudos del precio que puse a mi "Entierro del Conde de Orgaz"...

Coméntase luego la decisión del monarca español, el señor Rey don Felipe el Tercero, de duplicar el valor de la moneda.

—Esto es—dice el maestro—disponer que los ricos sean doblemente ricos y los pobres doblemente pobres. ¡Ay de nosotros!

—De nosotros, no. Duplicaremos también el precio de nuestro trabajo...

Termina el receso. Los alarifes, miniadores, tallistas, esmaltistas y estofadores vuelven a su

tarea, y el Greco vuelve a su aposento suntuoso de la Judería.

El sol marca la hora central de la jornada. En su taller le aguardan para el yantar su gran admirador Pacheco, que de Sevilla vino sin más objeto que el de abrazarlo; su discípulo Tristán y su hijo Jorge Manuel. Pacheco y Tristán son en aquel día sus huéspedes. Repican las vecinas campanas para señalar la hora de volcar la olla podrida; pero no se puede obedecer la voz de la campana. Doña Jerónima prepara por sí misma un succulento principio y un soberbio postre de leche que en honor a los convidados determinó añadir al ordinario de la mesa.

Para entretener la espera, Pacheco abre una vez más la alacena en donde el maestro guarda los proyectos en barro de sus esculturas y los minúsculos bocetos de sus cuadros.

El maestro quiere libertarse de la melancolía de los recuerdos, y de un estante en donde conviven las obras cumbres de la literatura antigua separa cuidadoso a Demóstenes, Plutarco, Eurípides, Homero, Petrarca, Ariosto, hasta llegar a su viejo mentor Anacreonte, de quien ha traducido algunos versos en papelitos amarillentos cubiertos de letra esquinuda, que guarda en-

tre sus páginas. Para distraer la curiosidad de los curiosos lee en voz alta:

La corona de rosas
a las sienes ceñida,
bebamos dulcemente
con apacible risa...

No puede seguir. Doña Jerónima les avisa de que la comida espera...

Junto a la mesa están sentadas ya la mujer de Jorge Manuel y otras dos damas. Doña Jerónima señala sus puestos a los huéspedes. Acomódanse todos, y, en el instante, de la estancia vecina brotan los sonos armoniosos y delicados de una música que hábilmente engarza lamentos y alegrías, ecos de la calle contigua y de remotas tierras, bramidos del mar y arpegios del bosque.

Comen copiosamente. Beben como de los Templarios se cuenta. Todo entre una conversación sin baches, pletórica de ingenio, de luz, de maravilla.

Cuando la vieja María Gómez levanta los manteles, Tristán toma del brazo a Pacheco y van los dos a la calle. Aún el toledano no aca-

bó de mostrar al andaluz el opulento catálogo de los misterios de Toledo.

El Greco sonríe a las damas y vuelve a su taller; entorna las vidrieras, y, sobre un sofá mullido y acogedor, duerme una breve siesta.

Vuelve después a sus "Santos Juanes". En la figura de la derecha rectifica los pliegues de la túnica. En la figura de la izquierda perfila los dedos de las dos manos. En las nubes es preciso aumentar los tonos blancos...

El crepúsculo comienza a descolgar sus canequies. Entra al taller el anciano criado Juan Preboste, y, de la mano del maestro, toma la paleta y los pinceles que limpiará luego cuidadosamente. Cíñele la espada y la gola; de sus hombros cuelga la capa segoviana fina y airosa, el maestro sale a la Judería y bordea pausadamente el Tajo, hasta llegar al puente de San Martín. Una música de rabeles y vihuelas que tañen hombres maduros de fruncidos rostros, vestidos de medias, gregüescos y jubones mugrientos y desgarrapillados, entre los que destacaban harapos de amarillas bayetas, capaces y suficientes para identificar soldados sin paga, le detiene en su marcha. Al compás de la música le canta un flaco mancebo barbiponiente:

Ligero pensamiento
de amor, pájaro alegre
que vistes la esperanza
de plumas y alas verdes:
si fuente de tus gustos
es mi adorado ausente,
¿dónde amoroso asistes?,
¿dónde sediento bebes?
Tu vuelta no dilates
cuando a sus ojos llegues,
que me darán tus dichas
envidia, si no vuelves.
¡Pajarillo que vas a la fuente,
bebe y ventel!

“Juraría—se dijo Domenico—que estos sonoros versos llegaron antes de hoy a mis oídos. Y aun recuerdo que acompañados de mejores músicas... Pero ¡si son los de Tirso!”

Sonríe a los menesterosos, y en el sombrero que uno le presenta deja caer un escudo de plata. Cruza luego el puente de San Martín y se dirige al Cigarral de Buenavista, en donde habrá de pasar alegremente la velada. Y camina presuroso, porque le abrasa el deseo de regalar a fray Gabriel Téllez con la noticia de que la Musa del Pueblo se ha dignado tomar por adopción a uno de sus hijos...

**En el próximo
número**

**EL P. JUAN
DE MARIANA**

por

A. DE VALMASEDA

PRINCIPALES OBRAS

DE

E. BARRIOBERO Y HERRÁN

NOVELAS

Guerrero y algunos episodios de su vida milagrosa.

(Agotada.)

Vocación. (Agotada.)

Syncerasto el parásito.

El hombre desciende del caballo.

Como los hombres. (Agotada.)

Matafán, el probo funcionario.

El hermano Rajao, grado 33.

Chatarramendi el optimista.

*Historia ejemplar y atormentada del Caballero con la
mano al pecho.*

Nuestra Señora la Fatalidad.

El airón de los Torre-Cumbre.

ESTUDIOS

Misterios del mundo. (Agotada.)

Cervantes de levita. Nuestros libros de caballería.

De Cánovas a Romanones. Problemas nacionales.

VIAJES

Cómo está Europa.

PRINCIPALES TRADUCCIONES

De Hegel: *La filosofía del espíritu.*

De Suetonio: *Roma bajo los Césares.*

De Voltaire: *La poesía épica y el gusto de los pueblos.*

De Rabelais: *Obras completas.* 3 vols.

De Lorulot: *Entre los lobos.* Costumbres anarquistas.

De Maquiavelo: *Breviario de un hombre de Estado.*

De Berzonow: *Mis 26 prisiones.*

De Verona: *Aziadeh, la mujer pálida.*

De Verona: *Una aventura de amor en Teherán.*

Recomendamos muy especialmente a nuestros lectores la

COLECCION QUEVEDO

de investigaciones históricas, reconstrucciones literarias y gustosos decires.

VOLUMENES PUBLICADOS

- I.—*La sonrisa de Themis*. (Anecdotario forense.)
- II.—*Los viejos cuentos españoles*.
- III.—*Del Rey y de la Institución de la Dignidad Real*.
(El Tiranicidio del P. Mariana.)
- IV.—*Episodios Rabelerianos*.
- V.—*Doctrinal de Quevedo*. (El Rey, los Ministros, la Guerra, la Justicia, el Pueblo, la Mujer.)

Tomos de más de 200 páginas, a 3 pesetas.

MUNDO LATINO

Compañía Ibero-americana de Publicaciones.

Príncipe de Vergara, 42 y 44.

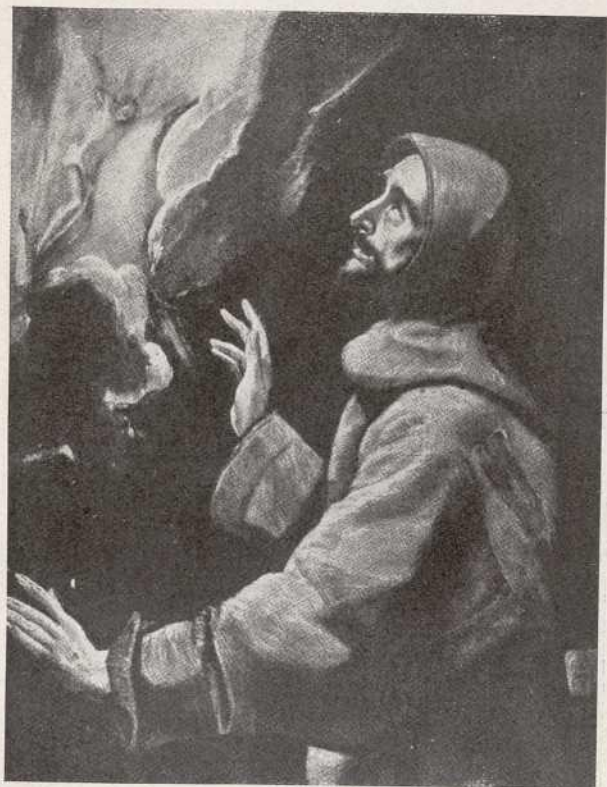
MADRID



LA VIRGEN (MADRID)



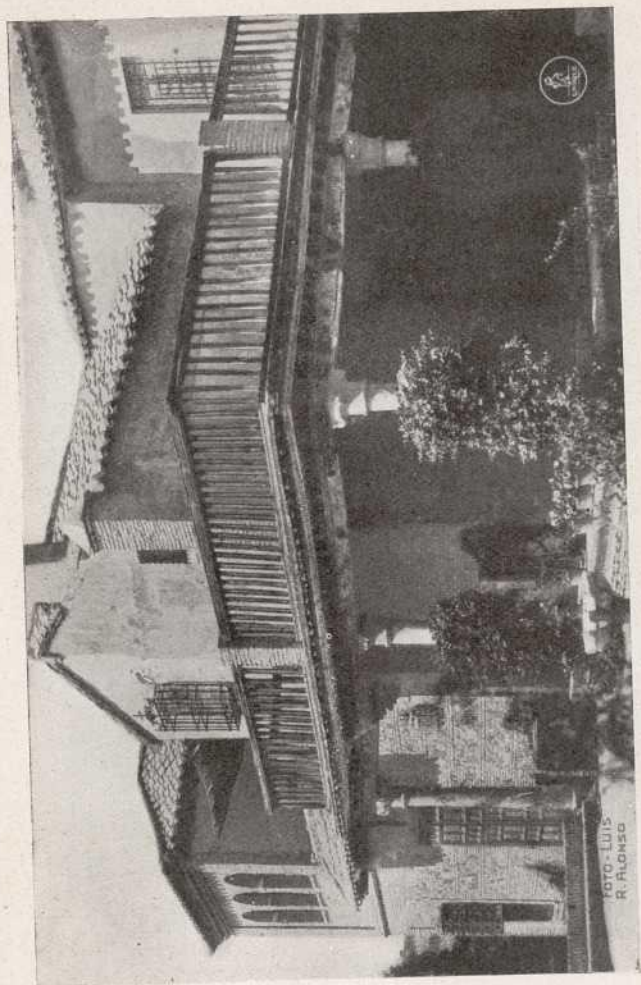
CRISTO CON LA CRUZ (MADRID)



SAN FRANCISCO (ESCORIAL)



ENTIERRO DEL CONDE DE ORGAZ (TOLEDO)



CASA DEL GRECO (TOLEDO)

FOTO- LUIS
R. ALONSO



EL CABALLERO DE LA MANO AL PECHO (MADRID)



SAN BENITO (MADRID)



SAN EUGENIO (ESCORIAL)

1800

- LEI
- BI
- AR
- NC
- OF

R
13654

IMPRESA
SÁEZ HERMANOS
Martín de los Heros, núm. 61
Teléfono 36.327 - MADRID